

Fernando Martínez Láinez

crímenes  
sin castigo



Ediciones Corona Borealis

# Índice

Prólogo .....	9
Sangre en el Paraíso .....	13
El caso Calvi .....	35
El Fugitivo .....	57
El misterio de la viuda Toureaux .....	79
La Dalia Negra .....	89
El crimen de Los Galindos .....	103
Jack el Destripador .....	125
El caso Ramsey .....	161
William H. Wallace .....	177
Triple crimen en el Vaticano .....	185
O. J. Simpson .....	205

## Prólogo

¿Existe el «asesinato perfecto»? Se trata de una pregunta capciosa y retórica, sin respuesta absoluta posible. Definir lo que es un crimen perfecto no pasa de ser una disquisición bizantina. Los crímenes perfectos son aquellos de los que nunca oiremos hablar. Pero si entendemos por crimen perfecto el que queda sin resolver porque no se sabe con seguridad quién es el culpable, o porque éste no es capturado, entonces resulta evidente que tales crímenes son abundantes y lo han sido en cualquier época. Todos los años hay en el mundo cientos de asesinatos flagrantes que quedan en el limbo porque se desconoce quién o quienes los perpetraron o porque los autores están fuera del alcance de la justicia. Son crímenes sin castigo, crímenes impunes, que pasan a engrosar el acervo de la maldad humana exenta de escarmiento. Crímenes que suponen una doble afrenta a las víctimas, aunque éstas ya no puedan saberlo, o a sus parientes más próximos, impotentes y descorazonados ante lo que supone la quiebra del mandamiento *No matarás*, presente en todas las civilizaciones como premisa fundamental, y quizás la única absolutamente necesaria para la convivencia entre humanos.

El asesinato supone la trasgresión máxima del código básico de supervivencia de nuestra especie, desde la caverna a las actuales megalópolis, y el asesinato sin solución devuelve a la sociedad el eco de la ley de la selva —no tan lejana en muchos aspectos— cuya regla básica se resume diciendo que «El hombre es un lobo para el hombre». El famoso aserto de Rousseau afirmando que el hombre nace naturalmente libre es una solemne falacia. La liber-

tad ideal, como la felicidad, solo es una aspiración y nunca una realidad indiscutible. Venimos al mundo condicionados genética y socialmente, aunque la voluntad, la ciencia y las circunstancias favorables puedan corregir muchas erratas de la naturaleza y del entorno. Pero, las pasiones primarias como el sexo, así como el dinero, la ambición, el miedo y la locura, por no hablar del fanatismo religioso o político, empujan al hombre al crimen, y en ese trance es capaz de poner en juego lo mejor de su inteligencia. Eso lleva a plantear el asesinato como un problema cuya solución se calcula *a priori*, una pretensión teórica que, fatalmente, se cumple con frecuencia en la práctica.

La mayor parte de los crímenes perfectos son obra del azar o de la incompetencia de los investigadores. Contando con las técnicas de detección actuales, ningún crimen, por bien planeado que esté, tiene aseguradas todas las posibilidades de impunidad, porque la casualidad y la relación causa-efecto en un espacio-tiempo determinado nunca pueden preverse absolutamente sin dejar fisura alguna. Pero el factor humano juega a favor del criminal en muchas ocasiones, bien porque la policía sea torpe o cuente con medios insuficientes, bien porque los jueces, jurados y testigos sean obtusos, cobardes o corruptos, o bien porque determinadas acciones de personas involucradas contribuyan a enrarecer, en ocasiones involuntariamente, lo que debiera haber sido nítido. A estas alturas de la historia, las modalidades de asesinato tienden a repetirse; aunque las circunstancias añadan con frecuencia matices originales a los casos concretos y, unidas a la personalidad de la víctima o a la manipulación de la prensa puedan elevar el listón de la curiosidad pública hasta niveles tan desatinados que rocen lo grotesco, como ocurrió con el asesinato de la ex-mujer de O. J. Simpson. Entre las circunstancias, sobresale el motivo como elemento clave para resolver un caso y descubrir al asesino. Por definición, un asesinato siempre tiene un motivo, ya que si no hubiera una motivación no sería un acto deliberado, y por tanto dejaría de ser asesinato. Pero en muchas ocasiones —cada vez más por desgracia— los motivos no se comprenden porque en apariencia el asesino no gana nada con la muerte. En tales supuestos, de frecuente inspiración

psicopática, el propio acto del asesinato es el motivo, lo que reduce enormemente las posibilidades de captura del criminal. De los once casos de asesinatos sin resolver recogidos en este libro, por lo menos seis (*Sheppard, Toureaux, Los Galindos, Jack el Destripador, William H. Wallace y Eastermann*) carecen de motivación aparente, y eso los convierte en callejones sin salida en los que se pierden los rastros del asesino. Otros dos (*Oakes y Calvi*) parecen vinculados al dinero y a la venganza, y tres al sexo (*La Dalia Negra, Ramsey y O. J. Simpson*). En su sensacional novela, *Crimen y castigo*, Dostoievski plantea el asunto con una profundidad rayana en los abismos de la locura, pero el estudiante Raskolnikov no era un asesino típico, y desde luego no era muy actual porque se sentía responsable de sus actos, tenía conciencia, y esa conciencia, en definitiva, es la que acaba perdiéndole. *Crimen y castigo* es la antítesis del asesinato perfecto, porque el asesino, en el fondo desea ser castigado, y no para hasta que lo consigue.

Es normal que los asesinatos —y mucho más los que quedan sin resolver— sean un foco de atracción permanente de la curiosidad popular, porque el asesinato es el acto de violencia definitivo, sin apelación posible, el juego supremo de la vida con la muerte, y cuando no existe castigo para el culpable, deja en el poso social colectivo una sensación de inseguridad que da rienda suelta a los peores temores. Como muchos otros desvaríos arraigados en el corazón humano, es muy probable que los motivos que llevan al asesinato no tengan una solución definitiva y acompañen como una maldición al hombre hasta el final de sus días. Somos producto de la inquietud y la necesidad, de la razón y la sinrazón, y hay gente suelta por el mundo dispuesta a matar para conseguir sus fines y emplear en ello toda su inteligencia. Por eso, y porque muchas veces las circunstancias se alían en favor del criminal, existen crímenes sin castigo. Como ya sabía Sherlock Holmes y narró el doctor Watson: «El más vulgar de los crímenes es, con frecuencia, el más misterioso, porque no ofrece rasgos especiales de los que puedan extraerse deducciones». Si leen algunos de los ejemplos de este libro, comprobarán que el famoso detective tenía razón.